

Sorgo Rojo

Mo Yan

Por Emperatriz Muñoz Pérez

Nunca antes había sentido que un título hiciera tanto honor a la obra, como éste. El sorgo en todos sus estados o dividido en sus colores (verde del tallo, rojo de la semilla) es el espíritu que, como telón de fondo, está presente en esta novela. El sorgo representa emociones, adopta sentimientos y actitudes que se infiltran en los acontecimientos que ocurren a los personajes, convirtiéndolo así en un personaje más. El sorgo es el hilo que sirve de camino a la historia.

*El sorgo ya ha madurado,
el japonés llegará,
compatriotas, preparados,
nuestras armas disparad...”*

Las plantaciones de Sorgo y los alrededores de Gaomi Noreste son el escenario donde se desarrolla la novela. El campo y los campesinos, los protagonistas. Es una historia que narra la guerra sino-japonesa, conocida como la de resistencia, ocurrida entre 1937 y 1945 y contada desde la china rural, en la que se enfrentan las guerrillas contra las guerrillas, las guerrillas contra el ejército chino y los colaboracionistas, las guerrillas y el ejército chino contra los japoneses invasores.

En la historia de una familia, a lo largo de tres generaciones, se asiste, en la voz del narrador que representa la tercera generación, a los eventos acaecidos durante la guerra histórica en un plano reducido de espacios y hechos que contienen *todo* lo que puede entenderse de un país enfrentado a una invasión.

Durante la lectura de la novela se vive entre el rojo y el verde. Se camina entre tallos altos y semillas de sorgo atravesando pantanos, puentes de piedra y madera, posas de agua y hasta puede sumergirse, el lector, en el río Negro. Se convive con el escozor de los piojos caminando por el cuello y el sonido agobiante de aullidos de perros, granadas estallando, mujeres, hombres y niños gimiendo. Es posible

sentirse embriagado con el vino y el orín de la destilería. Y experimentar días acalorados y sudorosos, cuando no, fríos y congelados. El olor de la sangre, de la putrefacción y de la supuración de heridas verdes, invadidas de bichos, es inevitable. También se come pan de puño, carne de perro, tortas de sorgo y a veces arroz. En algunos momentos se reptaba como las serpientes, y puede uno correr sobre los cuerpos de hombres y mujeres, algunos heridos y otros muertos. Después de los combates se descansa sobre un cúmulo de tierra para ver el sol al nacer o morir en las tardes, en medio del rojo intenso de un mar hecho de sembrados de sorgo. Y en las noches, cuando es posible, se duerme en un Kang, tras una puerta de papel.

Los días se viven entre mujeres de cabellos negros, grasos y largos, con labios rojos y dientes blancos. También con hombres sudorosos, airados unos, miedosos otros, expectantes los demás. Son los días de la espera, con la invasión de hombres uniformados que llevaban la bandera del sol naciente y, es posible sentir su respiración en nuestros hombros. Se resiste con los hombres y mujeres de Gaomi Noreste en esa guerra que huele, que tiene hambre, que se aferra a la tierra y a sus costumbres. Y termina uno por unirse a la pena del narrador y a esa sensación de ser indigno ante una raza que *resiste* antes que doblegarse al invasor.

Sorgo Rojo se lee despacio y uno va y viene en el tiempo a donde lo lleva el narrador que no se queda en un solo momento, sino que nos trae del pasado al presente y del presente al pasado en una exposición de eventos que convergen todos en un personaje, el abuelo Yu, un bandido que se hizo líder de guerrilla, que exudaba fortaleza y convicción. Él y sus pasiones, él y sus temores, él, sus glorias y derrotas, marcan el tiempo de la narración:

“...no deseaba riquezas sino una vida de supervivencia, una vida de venganza, de venganza de la venganza y de venganza de venganza de la venganza, un círculo vicioso de crueldad que había convertido a un muchacho tímido en un despiadado bandido de corazón negro, con una habilidad y un valor difíciles de igualar”.

En *Sorgo Rojo* se pone en evidencia la cultura, la tradición y la decadencia en la que lo humano y lo animal desconocen los límites. La guerra como terreno fértil para que las pasiones dominen sobre cualquier ilusión de lo divino. El narrador no se limita en la exposición de asuntos que evidencian la decadencia humana y en la jauría de perros, a la que dedica un capítulo, la analogía es esclarecedora: los perros organizados comiendo los cadáveres que no ha podido ser enterrados y los hombres cuidando a sus muertos emprenden la guerra contra las bestias, para luego, en los días helados y de hambruna, sobrevivir gracias a su carne. Carne de perro que se ha alimentado de carne humana. La supervivencia es la consigna de los chinos que resisten y, el dominio a cualquier precio, la meta de los japoneses invasores. El dominado sufre los atropellos del dominador y los flagelos que humillan: mujeres en todas las edades ultrajadas, hombres masacrados, niños atravesados con bayonetas y exhibidos como trofeos.

Se añoran los tiempos pacíficos, pero son muy lejanos, parecen sueños y de estos mismos surgen los mitos, las historias de poseídos, los hombres de miradas como rayos que emiten luz verde, los animales que obran milagros y los que presagian desgracias.

El heroísmo, el dolor y la miseria se experimentan de la mano de los personajes: el abuelo Yu; Dai Fenglian, la primera abuela; Pasión, la segunda abuela; Dougan, el hijo; el tío Arhat y junto a ellos otros que nutren y dan vida a los acontecimientos; todos en una tierra de la que el narrador afirma:

“Había aprendido a amar con todo mi corazón el municipio de Gaomi Noreste y a odiarlo con furia desenfrenada. Hasta que hube crecido, no comprendí que el municipio de Gaomi Noreste es, sin duda, el lugar más bonito y el más repulsivo, el más extraño y el más vulgar, el más sagrado y el más corrompido, el más heroico y el más cobarde, el más bebedor y el más sensual del mundo. Las personas de la generación de mi padre que vivieron allí comían, aunque no por gusto, y plantaban todo el sorgo que les era posible. A finales del otoño, a lo largo del octavo mes lunar,

extensos campos de sorgo rojo se balanceaban como un mar de sangre. Alto y lozano, era un gloria; fresco y grácil, un encanto; apasionado y acogedor, un oleaje”.

Cuando al final lo que había que saber de la historia, se sabe, sin haber dejado ningún cabo suelto, queda en los labios el sabor entre dulce y amargo del vino de sorgo y la sensación de abandonar, con pesar y a la vez con sentimiento de liberación, los campos recorridos sin fatiga (pero con un gran carga de emociones) a través de las páginas del libro. El sorgo es rojo en la semilla, verde en el tallo. Esa imagen ya no se olvida nunca.